

Prólogo

Cuando yo tenía trece o catorce, mi padre me dijo, seguramente creyéndome proclive al peligro de sensibilidad, que en Argentina:

—En Argentina debés saber más allá de la superficie, uno siempre comprueba que es más bien un país de hijos de puta. No hay que confiarse. Hay que andar siempre prevenido.

Más tarde a los diecisiete, otra persona también determinante en mi vida fue Conrado Nalé Roxlo, poeta refinado y voluntariamente “menor”, humorista con un sarcasmo digno de Jean Cocteau o de Agustín de Foxá. Vivía en la estrecha cortada Florencio Balcarce esquina Rivadavia, frente al parque Lezica. Se sentaba a la mesa con los jóvenes, en la mejor, la *stammtisch*, que era la de la ventana; en los veranos el dueño habilitaba cuatro o cinco mesas de metal en la vereda. Una vez, evocando el Buenos Aires de los 30, y en particular los escritores de *Crítica*, dijo sin nostalgia esta frase que me gusta repetir:

—En ese Buenos Aires, en cualquier mesa de café, uno podía encontrar algún desagradable perverso, pero nunca un idiota.

Ahora vivimos la devastación de la idiotez. Alcanzamos un bajón cultural, espiritual y moral (la parte esco-

lar, educativa, está en la base de la caída). La reconocida inteligencia argentina fue sustituida por su hija bastarda, la viveza. Llegamos a un punto en el que nuestra mejor posibilidad de futuro sería alcanzar alguno de los mejores momentos de nuestro pasado, cuando éramos un país y teníamos un Estado, pese a la politiquería. El pueblo argentino hacía su camino y construía su democracia más allá de la Constitución tantas veces violada, los intereses y la incapacidad administrativa. Un viento creativo produjo una voluntad de vida admirable y admirada. Fuimos una llamarada que duró poco más de un siglo de Urquiza hasta la caída de Illia, digamos.

Ahora nos sentimos sin unidad emocional, patriótica. Somos ocupantes casi sin ciudadanía. Es tiempo de violencia, patanería, incultura, mediocridad. Nos desconfiamos, nos odiamos (no podemos compartir ni una cancha de fútbol los domingos). No tenemos coraje ni casta para contener la criminalidad. Ni siquiera somos fieles a los muertos de las Malvinas, la "causa secular" que hizo vibrar al pueblo argentino.

Mi padre y Nalé Roxlo, coincidían. Pero ahora, que tengo la edad de ellos entonces, puedo decir que tengo una lamentable seguridad: ni perversos, ni hijos de puta, el fin del ciclo kirchnerista me dejó una terminante seguridad: los argentinos, somos idiotas. Idiotas. Si nos contaran que el presidente de Colombia corre por los campos incendiando los famosos cafetales, exclamaríamos ¡qué idiota! Y esto es lo que nos pasa con nuestra autodemolición económica, cultural, institucional. ¡Idiotismo de suicidas que se creen vitalistas y hasta revolucionarios!

Yo incubé durante tiempo la idea de que padecíamos una enfermedad indeterminable. Esas inconfesables o todavía incurables.

Creí que nunca se interpretó la historia o la política a la luz de la idiotez, vocablo que la Real Academia sentencia como “trastorno mental congénito de las facultades intelectuales”. Sin embargo, define al derivado *idiotismo* como “ignorancia, falta de letras y de instrucción”. (Esto sería más apropiado para los políticos argentinos tan por debajo del nivel medio de la inteligencia argentina. El mismo Nalé decía también que el último político de Argentina que había leído libros era Arturo Frondizi, que también vivió en Florencio Balcarce y cuando era diputado, se detenía a veces en “el cafecito”.) Aquella cortada frente al parque Rivadavia tuvo vecinos extraordinarios aparte del presidente-estadista, el pintor Berni, los poetas Alberto Arrieta, Antonio Requeni, Luis Alberto Ballester, Rogelio Bazán.

Pero es una desilusión haber descendido de los perversos y los hijos de puta, a los idiotas. Ortega y Gasset, también personaje de Buenos Aires, pero del barrio de Bloomsbury, aclaró con lucidez una diferencia esencial: “Un hijo de puta puede parar y no hacer siempre maldades. El idiota no, ni se da cuenta y sigue de largo”.

En general, los filósofos no se especializaron en la idiotez. Erasmo se interesó por la locura, Foucault y Rousseau, por las perversidades humanas, Max Scheler sobre el resentimiento político. Pero en mis incursiones siempre re-
dituables al universo Heidegger encontré en sus reflexiones la ubicación de la *idiotez* como uno de los dos males esenciales de la actual cultura occidental. El otro es el planetarismo (la globalización), ligado a la idiotización del

mundo “al servicio de un ordenamiento masivo del poder mundial”. Ambas palabras no señalan enfermedades, sino opciones suicidarias de la fatiga occidental.

Los argentinos tenemos un territorio privilegiado. Por idiotez, más que vivirlo lo sobrevivimos. Sobrevivir. Escribir sobre la propia experiencia de vida sería jactancia autobiográfica sin motivo suficiente. Pero escribir las sinuosidades del sobrevivir puede ser un documento interesante, aunque siempre una experiencia parcial contra los periódicos y misteriosos embates de estupidez que hacen tratabillar a nuestra Argentina.

Aseguro que no es agradable ni fácil. Me basaré sobre mi experiencia feliz de viviente y neblinosos espacios de sobrevivencia. Mis amigos editores están hartos de mi demora de más de dos años. Pero tal vez la toleran porque saben que el tema me cuesta y que en vez de escribir este libro contratado, *Sobrevivir Argentina*, preferí escaparme y escribir *Vivir en Venecia* (o *Azur veneciano*) sobre mi privilegio de haber vivido seis años en la Serenissima. Elegí la celebración en vez de las melancolías.

Mis reflexiones, protestas, nostalgias y esperanzas, serán matizadas con mis experiencias de escritor y diplomático con cuarenta años de carrera, centrado en gobernantes y materias de mi experiencia personal de lo casi actual a lo casi remoto. Kirchner, Duhalde, Macri, Menem, De la Rúa, Alfonsín, los militares, la “literatura”, el colegio y las universidades, la Cancillería.

Los países se viven, a veces, se sobreviven o nos matan. Es increíble que un “país fácil”, como Argentina, nos obligue a tener que aprender a sobrevivir como un ineludible y repetitivo imperativo existencial.

Aquella maldita tentación de existir

Desde aquel 12 de octubre de 1492, cuando los indoamericanos descubrieron Europa, se establecieron los siglos coloniales. Se vivía estupendamente en las colonias rioplatenses. Era un país de jauja, el reino de las proteínas: las vacas y tropillas cimarronas se acercaban sin malicia, pisando los sembradíos hasta las puertas del aldeón llamado Buenos Aires. La historia no molestaba, éramos como ahistóricos, previos a la responsabilidad propia. Nos decidían. El mundo (con su Revolución Francesa, la flota británica, el mítico Napoleón) era lejano y ajeno, como el mundo de los grandes visto desde el jardín de infantes. Tampoco nos importunaba la cultura o la metafísica. Dios estaba siempre a mano, entre San Ignacio, La Merced y el Pilar. En la confesión de los sábados la ciudadanía de Buenos Aires, de Tucumán o de Córdoba quedaba purificada de los pecados, generalmente los de su erotismo primario.

Deberíamos haber parecido una sociedad diseñada por Botero: una señoría agallegada y rechoncha, como sotas de naipe. Ellas, según los viajeros, eran más pizpiretas y ambiciosas, pero ya a los veinte años tomaban aires de matronas. El ocio mataba. El viajero Essex Vidal observó una generalizada aversión al trabajo basada “en la creencia de esta gente de que la esencia de la nobleza consiste en no hacer nada”.

No había en Buenos Aires adulterios inquietantes como en Lima. Ni conspiraciones. Éramos un virreinato tardío y de segunda. El poder no interesaba. Significaba ser empleado del Cabildo. Éramos la periferia remota del Imperio, no existíamos, éramos felices como adanes antes de la serpiente, antes de la “tentación de existir”.

Proteínas gratuitas y espacio abierto. Era casi un paraíso: se vivía en la mesa, se moría en la cama. La protección colonial era total. Teníamos doscientos años de quietud marginal. El mundo era una lejana historia de horrores distantes. Nos manteníamos preservados de los sobresaltos de la cultura y de los abismos metafísicos. Nuestro erotismo era sosegado y matrimonial; casi el encuentro de dos camisones. El Dios de la iglesia de San Ignacio y de la Mercé cubría con sobras los espacios de nuestra breve y segura cosmogonía.

Cuenta el viajero Concolocorvo que vio caer un cuarto de res del carro de un carnicero y que nadie se ocupó de levantarlo: hubiese costado trabajo quitarle el lodo... Después del copioso almuerzo de cinco platos (asado de costilla, pollos y perdices, pescado frito, cordero y puchero), sin contar entremeses y postres, los porteños caminaban hacia el Cabildo y desde allí hacia la alameda de Bajo.

Detrás del Fuerte (la Casa Rosada) y desde el alto del roquedal de tosca de la costa espiaban las formas de las negras que lavaban ropa. Observaban el trabajo de los pescadores que arrastraban la red con dos caballos nadadores. Centenares de pejerreyes eran un vibrar de plata agonizante que se cargaría en las carretas de los vendedores.

A veces, en la rada, la novedad de algún gran navío inglés u holandés. Sabían que por la noche bajaría el contra-

bando: licores, ropa fina, cigarros, cirios perfumados, cuchillos alemanes, escopetas, anzuelos. Y la pornografía: calzones venecianos, álbumes con los dibujos de la doncella dormida y el caballero enmascarado, libros de Voltaire y de Rousseau.

Después, esquivando los pozos en el barrial, volvían para la tertulia en el café de Marco. Hablaban de toros, de los acomodados en el Cabildo, de la arrogancia del virrey, de mulatas y comidas. Luego, la cena en alguna fonda con "cocinero francés".

¿Qué era entonces Argentina? Tierra seca. Polvareda lejana de ganado cimarrón. Batallas de ejércitos de perros hambrientos. Lodazal del litoral: tardes enteras luchando por salir del zanjón. Cielos de tormenta. Solazos rajantes. Amenaza del indio, del puma, de la duda. Postas miserables con agua turbia y un apenas de charqui en la fiamblera.

¡Hacer una patria de aquella heredad infecunda! De aquel espacio que por entonces era solo desierto.

En esas distancias, hoy todavía poco humanas, el poder político era teoría. La espada parecía hacer trazos en el agua: se imponía apenas el tiempo de asentarse la polvareda del batallón de paso. Luego el silencio de siempre devorando el ruido de cascos y de vainas de latón.

Era la tierra del gaucho bárbaro y errante. Si algo unía era el agua de los sentimientos. Un algo perdido en el aire del tiempo. Un sobreentendido de las miradas, más que la palabra. Un sobreentendido en el rasgueo de las guitarras, junto al fuego de la posta. Lo que nos unía era la exclusión del mundo. El mundo, siempre más allá de la ven-

tana transoceánica, en la niebla, en restos que llegaban de Occidente, flotando hasta el Plata.

Traqueteos, tumbos, silbidos y gritos de postillones. Los pobres abogados con sus levitas traspasadas de sudor.

El viajero Mantegazza afirmaba que la posta era peor que el desierto, que al fin de cuentas es limpio y tiene la pureza de lo primigenio. Decía que “las chinches se inflaban con nuestra sangre hasta tomar el tamaño de avellanas”. Un científico inglés anotó que los mosquitos “parecían pichones de langostas marinas” y que solo era posible dormirse en los catres después de la abundante cena (la de ellos, por supuesto).

Los Fundadores iban acabando las provisiones de sus petacas. Trataban de salvarse de los pucheros, de la posta enriquecidos con aportes indescifrables. Guisos de carne “abombada”, venteada en la fiambra colgada bajo el sauce.

Se filtraba el agua de pozo con un pañuelo. Lo que más se temía era la colitis y el dolor de muelas. Allí, sentados en las raíces del ombú, nuestros inconscientes héroes de galera se intercambiarían melancolías de amor, proyectos constitucionales y relatos de pasmos, picaduras o indigestiones. Y siempre la amenaza del desierto cuyos símbolos son el indio, el puma cebado y esas jaurías de hasta tres mil perros cimarrones persiguiendo las mensajerías.

Caer en el Tiempo, ser Historia

No querían saber nada de la vida colonial. Lo más ofensivo era que del río Colorado al sur no figuraba en los mapas de las cancillerías de los países serios del mundo. Éramos no-mundo, in-mundos. Apenas una indefinida segregación transoceánica de España. México, Lima, existían con rostro subimperial, con catedrales, con prestigio. Hasta nuestros indios carecían del homenaje de historiadores, como los incas, aztecas, mayas, gente de pirámide, alta matemática y cosmologías.

Nosotros: tehuelches ladrones, charrúas antropófagos (incluso con españoles). Tribus perdidas, sin piedra labrada ni oros. Tribus que brindaban con sangre caliente de yegua. Era humillante. Se comprende que en 1853 al *constituirnos*, nos hayamos exigido propiciar “la inmigración europea”. (Todo esto fue origen de una conducta y de un complejo que nos acechó desde entonces. Los viajeros que regresaban de Europa todavía se quejaban. “No nos conoce nadie. No hay nada sobre Argentina en los diarios...” Escribió Reich que una experiencia de inferioridad puede terminar en un complejo de superioridad, de desprecio...)

La presencia de los ingleses prisioneros en 1806 y 1807 puso en evidencia, sobre todo entre las mujeres, de ser

“españoles periféricos”. Nuestro sexo con camisón y tan pastoral, aunque los historiadores serios no la estudiaron bien, pudo haber llevado a las mujeres a impulsar la “revolución”. Por lealtad y religión no pudieron librarse de sus maridos españoles, pero sí alzarse contra España, el catecismo no decía nada de las guerras antiimperiales. Son las mujeres de la Independencia. Algunas con rasgos de heroínas como la tucumana Águeda Tejerina de P. o como Juana Azurduy de Padilla. Manuela Pedraza recibió el grado de alférez por su furia combativa contra los ingleses en 1806. Cristina Kirchner ascendió a Juana Azurduy al grado de teniente coronel.

Lo cierto es que la placidez del limbo colonial no daba para más.

Los criollos de entonces no respetaron la sabiduría de Cicerón: “No entiendo a quien estando bien pretenda estar mejor”. Querían ser. No más dejarse estar. Querían las perversidades, sobresaltos, vanidades del hombre caído en el Tiempo, a cualquier precio. Querían ser protagonistas de ese sangriento, pero fascinante melodramón llamado Historia.

Decidieron ser nación, con admirable coraje e irresponsabilidad. Se largaron a entrar en el mundo. Verdaderos cosmonautas que caían de la Nada. De la nada al ser. Primero los guerreros: San Martín, Bolívar, Belgrano, Sucre. Después los abogados y sacerdotes, después los empresarios y negociantes. Se fabricaron un Estado y luego una etnia casi blanca. Se agregaron una mitología e increíblemente, en pocas décadas, fueron una potencia mundial que más o menos destruimos en los últimos treinta años.

The Economist, el semanario mundial, escribió recientemente sobre la crisis argentina: “En 1914 era el país del futuro. Su economía había crecido más que la de Estados Unidos en las últimas cuatro décadas y el PBI per cápita era más alto que el de Alemania, Francia o Italia. Hoy los habitantes de Chile y Uruguay son más ricos y los niños de estos países, como también los de Brasil y México obtienen mejores resultados en las pruebas educativas internacionales”.

Índice

Prólogo	7
Aquella maldita tentación de existir	11
Caer en el Tiempo, ser Historia	15
La caída en el tiempo	18
Las dos barbaries	20
San Martín, Bolívar, Sucre, Belgrano, Artigas	26
San Martín y su crisis existencial	28
Kirchner I	31
Nuestro juego de tonta rebeldía	41
La izquierda neurótica	44
¿Cuándo se jodió Argentina?	47
Kirchner II	53
Cromañón	63
Pedagogía de la indignidad	67
Arde Constitución	71
El moscardón del progresismo izquierdista	74
El enigma del <i>Katejón</i>	77
Aquel día tan particular de octubre (1945)	80
El persistente poder de los peronismos	88
El irresistible ascenso del bombo en la Argentina ...	92
Nuestra sobrevivencia feliz y marginal	96
Evita-Discepolín	100

<i>Intermezzo</i> veneciano. Perón vuelve	107
Stalin, la ambigüedad peronista	110
Kirchner III	114
Murió Néstor Kirchner	118
Sublimes veloristas	121
¿Pero quiénes somos estos argentinos?	123
Julián Marías habla de los argentinos	127
Mi mamá se llama Ramón	130
Diciembre negro del 2013	131
El sincero antihumanismo de Emile Cioran	136
Que nadie deje el salón	139
La perversa consagración de la muerte	142
Incurables adolescentes de los 70	148
El desafío de reconstruir la izquierda con imaginación	152
Hoja arrancada del diario imperial	155
Réplica antiimperial del jefe piel-roja	159
Necesidad de una renovada cosmovisión política mundial	163
Malvinas: nuestra <i>Irrealpolitik</i>	167
Tango argentino en París. Noviembre. 1983	172
Criminalidad y cobardía	177
Macri I	180
Viejo Nacional Central	186
El infinito 2002 de Duhalde	188
Macri II	195
Lugones – Venecia – Borges	202
La necesaria “transfiguración” de Argentina	207
El Papa y la decadencia occidental	211
La seducción de la barbarie	215
Sobrevivir Argentina	218